

III Domingo de Pascua, Ciclo A. Rosalino Dizon Reyes.

Os rescataron ... a precio de la sangre de Cristo (1 Pe 1, 18-19)

Ensimismados en preocupaciones e intereses propios, no reconocemos al Resucitado en el forastero que se junta a nosotros. Pero si le escuchamos y luego lo invitamos, cansado como nosotros del camino, a descansar donde hay un poco de pan y vino, y un alero que cobije nuestro sueño (cf A caminar sin ti, Señor, no atino), pronto nos sorprenderá el peregrino con un manjar sencillo y exquisito, y nos abrirá los ojos.

Es normal que tengamos preocupaciones y reminiscencias, bien absorbentes, de esperanzas y desesperanzas. Lo anormal es encerrarnos en ellas y quedarnos sin religión, sin vínculos con Dios ni con el prójimo.

Se trató de este encerramiento en la audiencia general del pasado 23 de abril. Dijo el Papa: «Buscamos entre los muertos al que vive cada vez que nos encerramos en el egoísmo o en la autocomplacencia, cuando nos dejamos seducir por el poder y las cosas de este mundo, olvidando a Dios y al prójimo, cuando ponemos nuestra esperanza en vanidades mundanas, en el dinero o el éxito».

Y ya en el siglo 17 exhortó san Vicente de Paúl a los misioneros: «Vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres ...; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos» (XI 273). Los verdaderos misioneros no se encierran en su seguridad, ni dicen con vana complacencia: «Soy yo el que ha hecho esa buena obra», pues, todo bien se debe atribuir a la gracia de Dios (XI 397; Reglas Comunes CM XII 3, 4, 14; VII 9, 250).

Tanto la catequesis papal como las pláticas vicentinas están basadas ciertamente en las Escrituras, en el relato de la desobediencia de Adán y Eva, por ejemplo, y en las parábolas del rico necio y del rico y Lázaro. Éstas indican que en el amor al dinero se manifiesta claramente el egocentrismo. Así que si nos mantenemos necios y torpes para creer las Escrituras, estaremos siempre en peligro de caer en las garras de la codicia que causa estragos.

La codicia es la raíz de todas las maldades: la idolatría—dar culto a bienes con imágenes de dirigentes mundanos más que al Sumo Bien que creó al hombre a su imagen, creer que el dinero todo lo puede y es lo que dicta, formando parte de la libertad de expresión inviolable (cf Ciudadanos Unidos y McCutcheon); la herejía traidora que, oponiéndose al gesto de María Magdalena, aparta la preocupación por

los pobres de la preocupación por el Salvador de los pobres; las injusticias que engendran guerras, pobreza, esclavitud sexual y marginación.

Pero si nos vestimos de misericordia entrañable, no cosecharemos los frutos amargos de la codicia. Discerniremos el cuerpo de Cristo y así no comeremos ni beberemos nuestra propia condena. Su presencia nos saciará de alegría y maravilla. **Con permiso de somos.vicencianos.org**